

RESEÑA

Violencia pública en Colombia 1958-2010 MARCO PALACIOS, Editorial Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2012. 218 páginas.

Por: Fernando Cubides C.

Sociólogo, egresado de la **Universidad Nacional de Colombia**

Un rasgo sobresaliente de éste libro es la audacia con la que está escrito. En cuanto al estilo eso quiere decir que el autor ha optado siempre por la expresión más concisa, más punzante de las tesis que nos presenta. Su trayectoria se lo permite, el reconocimiento a los trabajos que ha publicado lo ha dotado de una desenvoltura en el modo de exponer que viene siendo muy apropiada para un texto que aborda el período más reciente de la historia colombiana. Un período al cual dada su inmediatez los historiadores de formación suelen abordar con mucha cautela, con la mayor circunspección. El profesor Palacios es pues lo que se diría un autor en sazón, muy seguro de sí. Y éste, un texto hecho para la polémica, que suscita controversia a medida que se lo lee. En cuanto al estilo ese rasgo se aprecia así mismo en el uso de las metáforas, y en que tratando de una época tan reciente como la que acota, se remonte al barroco, y al barroco colonial nuestro, a un autor como Rodríguez Freyle para encontrar rasgos básicos que nos constituyen todavía, así mismo el guiño a grandes autores como Hobbes y su metáfora del Leviathan, son apenas algunas de las libertades que se permite. Se percibe el trabajo del texto, su factura cuidadosa, las referencias al barroco no son tan solo guiños estilísticos, adornos literarios; en mi opinión Palacios se ubica dentro de esas tendencias de la investigación histórica que se han apropiado de la idea de una narrativa, tomada de la literatura, y al parangonarse con los literatos de oficio, al cultivar tanto la forma como el fondo de la argumentación, eso de saber escoger modelos, opciones estilísticas, es clave. El barroco, y dentro del barroco su variante conceptista (Gracián, Quevedo) a todas luces es el modelo en cuanto a estilo en éste escrito.

Si acudiéramos a Hayden White, quien en su libro Metahistoria (también publicado por el Fondo de Cultura Económica, por cierto) se propone clasificar a los historiadores según el estilo en su método para narrar la historia, valiéndose de la figura literaria a la que acuden de modo preferente en su narrativa (metáfora,

metonimia, sinécdoque, ironía e ironía sobre la ironía) podríamos decir que en el de Palacios hay tanto de metáfora (toda una serie: El Carnero , El Leviathan , la cinta de Moebius, la caja de galletas) como de ironía sobre la ironía. (En sus juicios sobre los dirigentes, y sobre las organizaciones políticas campea la ironía, una ironía sutil, muy elaborada) Uso recurrente de las metáforas, e ironía son rasgos estilísticos que realzan otra cualidad, cardinal a mi modo de ver: la independencia intelectual. Aun cuando si nos remitimos a su hoja de vida, constatamos que Palacios ha desempeñado cargos públicos de importancia, y por tanto ha transitado los pasillos del poder, no puede decirse que haya un solo renglón de su obra, o de este libro en particular, que haya sido escrito para congraciarse con el poder, o siquiera que haya asordinado una afirmación con ése propósito. Parece del todo inmune al virus de la cooptación: su juicio sobre quienes detentan el poder, o quienes apelan a la violencia para luchar por él, es igual de implacable, no denota ningún ánimo de transacción. Prueba de esa independencia: los más categóricos de sus juicios se dirigen tanto a la clase política en conjunto, a los miembros de la elite gobernante como a los integrantes de las cúpulas de las organizaciones guerrilleras que aspiran a derribarlos.

Esa suerte de exilio dorado en el que se halla, al estar vinculado a una institución de élite como el Colegio de México, y hacer viajes periódicos de estudio e investigación a Colombia, no solo le hace posible el ejercicio pleno de esa independencia sino que le rinde dividendos analíticos: en su caso la comparación de los casos de México y Colombia fluye de modo espontáneo, no es un ejercicio académico, no se advierte una intencionalidad expresa. El contrapunteo entre estos dos casos no se circunscribe al capítulo que se titula así, aunque no de modo explícito, en el conjunto del libro se echa de ver que saca amplio partido del conocimiento que posee de ambos países por su vivencia, su familiaridad con ambos.

Tanto en el prólogo como en la presentación oral con motivo del lanzamiento, el autor nos dice que el suyo es un trabajo panorámico, la suya una mirada a vuelo de pájaro sobre una etapa conflictiva en particular e intensa como la que acota en el título. Y sobre una cuestión virulenta de por sí como la violencia. Siendo tan importante para el historiador de oficio la delimitación del período sobre el que se va a ocupar, el escogido en este caso desborda los límites convencionales, los de la historia académica, que suele tomar como hitos los de la historia política: Frente Nacional, post Frente Nacional, antes de la Constitución del 91, después de ella. Aquí hay en cambio un modo de acotar el problema en el tiempo que procura sustentarse y justificarse en el curso del análisis. Sabemos que eso de periodizar el algo que los historiadores se toman siempre muy en serio. La escogencia no es inocente ni arbitraria, al todo el período escogido subyace una noción muy arraigada acerca del

Frente Nacional como régimen, aun cuando haya quedado atrás lo que en estricto sentido se llamó tal, lo restringido del régimen político que inaugura, a sus incongruencias, y a su práctica prolongación en el tiempo como cultura política a despecho de los cambios constitucionales, persisten hasta hoy. Por cierto que ha sido Palacios uno de los críticos más incisivos de la Constitución de 1991, desde el mismo momento en que se gestó y por la forma y la representatividad de quienes contribuyeron a promulgarla. Esa crítica temprana la hallamos en su libro Entre legitimidad y violencia: Colombia 1875-1994, y aquí ratifica su apreciación al subrayar la flexibilidad que ha permitido que con uno u otro “artículo” se reformen aspectos fundamentales de la Constitución sin apelar ni tener en cuenta al constituyente primario.

Al construir su narrativa, procurando hacer de su síntesis interpretativa lo más persuasivo para todo tipo de lectores, el autor nos ofrece una recapitulación la más detallada sobre las organizaciones guerrilleras supérstites, su origen, la extracción social de su dirigencia, los balbuceos ideológicos de los comienzos, su trayectoria sinuosa hasta lo más reciente. La lleva a cabo con tal minuciosidad, haciendo uso de información muy disgregada, del conocimiento vivencial de quien se hallaba en el ambiente universitario del momento en que se gestaron tanto las FARC como el ELN, que intriga saber cómo irá a leer esos pasajes un lector mexicano, latinoamericano, o extranjero en general, que no se halle familiarizado con la historia colombiana. Adentrarse en el conocimiento de organizaciones que por definición son clandestinas, que practican la clandestinidad con virtuosismo-como que se guían por una teoría conspirativa de la historia- requiere echar mano de todo tipo de recursos y extraer el máximo de sentido a las evidencias disponibles, por fragmentarias o discontinuas que sean. En ese sentido a un estadígrafo en principio podrá parecerle de escasa significación la cifra de 476 guerrilleros con la cual se trata de construir un índice de concentración para examinar la territorialidad en las “Repúblicas independientes”, pero no se podrá reprochar al investigador social falta de esmero en sopesar, interpretar y contextualizar la información disponible.

El prólogo del propio autor constituye una buena síntesis de su argumentación, de las tesis principales, e insinúa un vaticinio, o si se prefiere, un pronóstico, formulado también de modo taxativo en el Epílogo: que en algún momento del futuro inmediato se irá a retomar el diálogo gobierno-guerrilla en busca de una negociación, juicio fechado en Marzo del 2012. Tiene gracia que un historiador, sobre la base de su narrativa, arriesgue juicios predictivos y acierte. El libro apenas estaba en las vitrinas cuando se produjo el anuncio, el 5 de Septiembre, de los diálogos en La Habana que a

tantos tomó de sorpresa, pues hoy sabemos que todas las aproximaciones previas el gobierno al más alto nivel las manejó con la mayor discreción.

No nos sentimos cómodos los sociólogos, que entre otras presumimos ser herederos de Saint-Simon, de Mosca y de Pareto, con el modo en que toman y aplican los historiadores la noción de élite. Se ha divulgado y popularizado por los historiadores como equivalente a minoría dominante, sin más. Casi nada queda de la idea saintsimoniana, meritocrática, de una minoría reclutada según su capacidad y formación

Hay en todo caso una neta diferencia con los consultores de oficio: Palacios evade dar recetas, la suya es una argumentación, un saber, construido con minuciosidad, muchos de cuyos supuestos no están a la vista, pero que se ofrece para el debate, argumentación que busca ser contrastada y controvertida.

Se ha afirmado con cierta ligereza, por ejemplo, que estaríamos en condiciones de dar lecciones a los mexicanos, en cuanto al problema del narcotráfico. Palacios no está tan seguro de eso, la comparación es muy valiosa, hay que llevarla a cabo del modo más metódico, pero un primer intento nos persuade que las diferencias son protuberantes; entre otras por lo que significó la Revolución mexicana como solución “en positivo” de la cuestión agraria, en tanto que nuestra violencia, y lo que vino después sería una salida “en negativo”, del todo regresiva, de esa misma ardua cuestión. De cualquier modo la comparación sí que vale y es menester llevarla a cabo de manera sistemática, para entender mejor a cada país, y para salir al paso a la idea del excepcionalismo o la absoluta singularidad de cada uno, en otras palabras para colocarnos en un plano universal.

Y para el caso colombiano, un saldo neto de la evolución reciente es que los narcos aprendieron a disciplinarse, también en cuanto al uso de la violencia, de consuno, parecen haber aprendido a bajar los costos de transacción implícitos en el uso de la violencia. Para indagar grandes cuestiones como la violencia, hay que aguzar al máximo el ingenio en la búsqueda y en el control de las fuentes, la vigilancia, el rigor han de ser constantes, y hay que esmerarse al acudir a fuentes muy heterogéneas. Uno palpa la indignación del investigador cuando descubre que en un acto de máxima frivolidad una funcionaria del Ministerio de Gobierno dispuso que 79 sacos que contenían la memoria oficial de los años de 1949 a 1958 se echaran a la basura por el mal aspecto que presentaban. Quede para la posteridad como delito de lesa memoria.

A estas alturas debo señalar dos diferencias con la interpretación que nos ofrece el profesor Palacios, teórica una; de apreciación de los hechos, fáctica o empírica la otra.

La primera tiene que ver con el entendimiento y uso que hace tanto de Clausewitz como de Carl Schmitt (y los dos están relacionados, imbricados en el asunto que nos concierne) Al prusiano, el profesor Palacios lo entiende y aplica como al teórico de la guerra regular, y lo es desde luego, pero se ocupó también de su contraparte la guerra irregular justo en el momento en que surgía: estudió al detalle a la guerrilla española de 1808, y al movimiento guerrillero que surgió en Rusia en 1812 (por cierto una de las lecciones de Raymond Aron en el Collège de France estuvo dedicada a esa dimensión: *Clausewitz et la guerre populaire -Séance publique annuel des Cinq Académies 25 de Octobre de 1972*, tesis desarrolladas más adelante en su libro Penser la guerre, Clausewitz 1976) así como el uso de Carl Schmitt que hace el profesor Palacios se circunscribe a su Concepto de lo Político, prescindiendo de su complemento, la Teoría del partisano que habría ampliado aún más su horizonte.

En cuanto a los hechos, una afirmación tajante de Palacios (p.88) es que las Farc “*por paradójico que parezca en una guerrilla colocada en las antípodas ideológicas, políticas y culturales del ELN de la década del 60, desarrollarían 20 años después y con cierta solvencia, el método castrista de la guerra de guerrillas*”. A mi juicio la afirmación no se sostiene a la luz de las evidencias, ha habido metamorfosis, transitividad y aprendizaje entre las organizaciones guerrilleras, pero se ha llevado a cabo en una dirección distinta. En procura de ampliar la fundamentación empírica, el profesor Palacios agota las fuentes accesibles y la información disgregada disponible, pero aún hay más. Para ciertos efectos, explora por ejemplo la Revista Documentos Políticos Revista del Comité Central del Partido Comunista, y con paciencia y laboriosidad, ha rastreado el periódico Voz Proletaria de modo exhaustivo (entre otras hay que reconocer al historiador Jorge Orlando Melo que en su etapa de director de la Biblioteca Luis Ángel Arango se haya propuesto llenar el vacío que antes existía en cuanto a las publicaciones de izquierda de los años 60 y 70 adquiriendo colecciones privadas). Y mirados los primeros años 60, justo cuando se formaban las Farc y pese a que ya existían fisuras en “el campo socialista” y se avizoraba la ruptura entre la “línea Moscú” y la “línea Pekín” continuaban apareciendo reseñas de las “Lecciones de la lucha revolucionaria en China” (Ediciones Paz y Socialismo, marzo de 1960) y aquello de la “guerra popular prolongada”, y “del cerco de las ciudades por el campo” pudo intuirse por los intelectuales comunistas como un modelo más acorde con la situación colombiana, que el foco revolucionario de la Sierra Maestra.

En todo caso un testimonio del lado cubano parece corroborarlo, y se trata de un testigo de primera fila, integrante de la columna original de la epopeya de Sierra Maestra, instructor de los latinoamericanos de distinto origen que iban a Cuba a replicar el modelo, compañero del Ché en la aventura boliviana, sobreviviente, y quien

luego rememora toda su trayectoria (“Benigno”– Dariel Alarcón Jiménez – Memorias de un soldado cubano – Tusquets Barcelona-1997) quien al referirse a los colombianos, delinea el aprendizaje por parte de los “elenos” así como las irremontables diferencias existentes en cuanto a modelo insurreccional con los Partidos Comunistas, no solo el boliviano, también el colombiano. Palacios reitera su idea, y aporta algunas evidencias anecdóticas a su favor, sin embargo, a mi juicio, no resulta convincente. La discusión acerca del origen y alcances de “la lógica combinatoria” como idea estratégica y táctica revolucionaria desarrollada por los comunistas en los inicios del Frente Nacional, se hizo a fondo a raíz del primer libro de Eduardo Pizarro sobre las FARC (Las FARC 1949-1966-De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha Tercer Mundo, Bogotá, 1991) y vino quedando claro, que ni correspondía al modelo cubano, ni fue una invención criolla (pues estaba en la Vulgata marxista-leninista del período de la Guerra Fría, ya Lenin había condenado a los marxistas que no sabían combinar todas las formas de lucha y había sentenciado: *“La lucha guerrillera es una forma de lucha inevitable en tiempos en que el movimiento de masas ha llegado ya, de hecho, hasta la misma insurrección y en que se abren intervalos más o menos grandes entre las “grandes batallas” de la guerra civil”*¹) pero tampoco coincidió con los inicios del Frente Nacional, ni para luchar contra sus restricciones, sino que comenzó a considerarse ya en los años subsiguientes al 9 de Abril, con el Partido Comunista en la clandestinidad. Es lícito especular sobre lo que connotaría este texto leído en la Colombia de 1953, cuando el Partido Comunista estaba reducido a la ilegalidad, o en 1958 cuando tras el ascenso que representaba el plebiscito, en la forma en que se desarrolló legislativamente la alternación excluía en definitiva cualquier opción distinta al bipartidismo, o cuando, en 1965 y en medio de una intensa polémica con otras agrupaciones de izquierda y de una oleada de simpatía hacia la Revolución Cubana, el Partido parecía desbordado por opciones más radicales, foquistas.

Hay que abonarle en todo caso que en aras de la claridad, y de la desmitificación eso sí, de manera muy instructiva, y dirigido a los nuevos lectores, y a todos aquellos que no vivieron esa etapa, nuestro historiador desempolva, transcribe y analiza aquellos editoriales del periódico del Partido Comunista, y aquellas declaraciones de su Secretario General, Gilberto Vieira, en que sin reatos ni ambages, se reivindicó para el Partido el papel de creación y dirección de las FARC. El breve apartado que se titula “Las FARC y el PCC” (pp. 95-98) trae las referencias básicas y es instructivo al respecto. Una urdimbre entre lo legal y lo ilegal, que está en el centro de nuestros problemas.

¹ Ver *“La guerra de guerrillas”* en : V.I. Lenin Obras Completas, Tomo XI, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1960, p.213

Una consideración aparte merece uno de los juicios de Palacios acerca de los nexos históricos entre la guerra regular, y la guerra irregular en nuestra propia historia patria. Con esa agilidad con la que se mueve, adelante, atrás, por épocas, fases y períodos en aras de una interpretación de amplio vuelo, panorámica, *en passant*, formula un juicio acerca de lo que hubo de barbarie y de transgresión de las propias normas de la guerra en nuestra Guerra de Independencia “¿Cuál derecho de guerra aplicó Bolívar en el asedio y toma de la provincia de Pasto y su capital en 1822?” se pregunta Palacios – pregunta retórica, claro-(p.89) para referirse enseguida a la barbarie que hubo en algunas de las llamadas guerras caballerescas del siglo XIX, como la campaña en Antioquia que protagonizó Jorge Isaacs en el período radical. Aun cuando hay algunos títulos, valiosos, poco se ha explorado el asunto en verdad por los historiadores de oficio, por la sabiduría convencional de la Historia académica, que apenas menciona el Decreto de Guerra a muerte (el firmado en Trujillo, el 15 de Junio de 1813) y esa historia académica, suele cubrir con un púdico velo los hechos más crueles de esa etapa de guerra sin cuartel, guerra al margen de toda norma o convención. Y en reciprocidad, por ejemplo, Morillo, “el Pacificador” como figura en nuestra historia patria, es visto como un héroe en la historia peninsular, precisamente por su papel como guerrillero en la resistencia contra Napoleón a partir de 1808, esa fue básicamente su formación y el tipo de guerra que desarrolló a su vez aquí, hasta el Acuerdo de Santa Ana. Con las consecuencias que en el largo plazo se pueden advertir.

Las virtudes del libro prevalecen, y tal vez ningún otro autor haya descifrado de manera tan penetrante y circunstanciada los componentes de la “*pax uribista*”, paso a paso, rastreando todos los hilos de la trama, hasta llegar a lo más reciente. Yendo mucho más allá de la consigna (aquella del “embrujo autoritario”) devela el “embrujo”, sin atribuirlo a la insensatez o miopía de quienes han apoyado a Uribe, interpretando, en su sentido más genuino, el fenómeno. Las piezas de ese amasijo de historia agraria e institucional, la metódica construcción del enemigo, la destreza en crear opinión a costa de las FARC, la percepción de los “tiempos”, del “timing” en la acción política.

Y no es el menor de los méritos el que en todos los momentos del análisis se vea de modo articulado el estado del sistema político hacia el interior con su peso específico en el plano internacional. En ningún instante se pierde de vista el costo geopolítico de las limitaciones, errores e incongruencias del Estado colombiano, el balance de la situación interna en cada coyuntura se sopesa, se contextualiza de modo preciso con el alcance que pueda tener para el país, y para la sociedad en su conjunto, en la arena internacional.

Por lo demás, en sus conclusiones Palacios reafirma una apreciación general, que había formulado en el libro de texto que escribiera para Oxford, conjuntamente con Frank Safford: la fragmentación del territorio y su contrapartida la división de la sociedad colombiana; más aún su atomización dado el persistente individualismo de los colombianos, la profunda desorganización social como pauta. En ese sentido, sin proponérselo, tal vez, el suyo es un diagnóstico compartido con el sociólogo y colombiano francés Daniel Pécaut:

*“las clases populares demuestran la mayor desconfianza hacia un Estado que nos les garantiza el acceso a una ciudadanía social y a menudo dan en una especie de anarco-liberalismo que conduce a que cada sector social intente conquistar por su cuenta y riesgo las ventajas que pueda”*²

Las conclusiones no darían para el optimismo a corto plazo, no tendrían por qué dar para ello, lo que cuenta es el rigor del análisis, que es impecable e implacable, y habiendo evitado con suerte el recetario, y la grandilocuencia, el último párrafo condensa todo el análisis previo, sobre el maremágnum descrito la élite se sostiene gracias a su pragmatismo y adaptabilidad, y a su adhesión a las políticas norteamericanas, los EE.UU. siempre ahí *“Leviathan de espada desenvainada”*.

Bogotá, Octubre 11 de 2012.

² Daniel Pécaut en: Midiendo fuerzas-Balance del primer año del gobierno de Álvaro Uribe Vélez, Planeta, Bogotá, 2003, p. 20.